

La génesis del pensamiento relacional de Romano Guardini¹

The genesis of relational thinking of Romano Guardini

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

Resumen: El autor ofrece varias claves para comprender la génesis, el espíritu y el alcance del pensamiento de Guardini. Entre tales claves figuran las siguientes: 1) La veta mística, que explica su cultivo del recogimiento, la oración, su definición de la oración como ir a Dios con toda el alma, su interpretación del rezo del rosario como una forma de contemplación; 2) la atención preferente a lo concreto-viviente, por ser el lugar de la creatividad; 3) la vinculación de la creatividad y la superación de ciertas paradojas y oposiciones; 4) la adivinación de que cada nivel de realidad posee su lógica propia; 5) la necesidad de tratar a las personas e interpretar los acontecimientos en conformidad con la lógica propia de cada nivel. De estas claves y otras afines se deriva, en buena medida, la fecundidad del pensamiento de Guardini y su influencia entre un público amplio y heterogéneo.

Abstract: The author offers several keys to understanding the genesis, the spirit and scope of Guardini's thought: 1) The mystical streak, which explains its cultivation of meditation and prayer, his definition of prayer as going to God with all one's heart, his interpretation of the Rosary as a way of contemplation; 2) the special attention to the concrete-living, for being the place of creativity, 3) linking creativity with overcoming certain paradoxes and oppositions, 4) the discovery that each level of reality has its own logic, 5) the need to treat people and interpret events in accordance with the logic of each level. From these keys and other related is derived, in good measure, the fecundity of Guardini's thought and its influence among a broad and heterogeneous public.

Recibido: 01/12/2015
Aceptado: 05/02/2016

¹ Este trabajo es la exposición ampliada de la ponencia ofrecida por el autor en el Convento Internacional sobre "Romano Guardini y el pensamiento existencial", organizado por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma en los días 4 y 5 de noviembre de 2015.

Por influencia del pensamiento criticista kantiano y el ambiente sociocultural de Múnich, en el verano de 1905 el joven Guardini se sintió un tanto alejado de la fe cristiana, pero no rompió los lazos con la Iglesia. Hacia el otoño vivió una experiencia de iluminación interior al meditar hondamente la frase evangélica: “Quien quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará” (*Mc* 8, 35). Esta densa e inquietante frase fue para él, en ese momento, “la verdadera llave de acceso a la fe”², sin duda por adivinar que en ella alienta una energía y una riqueza insospechadas.

Ya por entonces mostraba Guardini una especial sensibilidad para captar la energía interior que generan ciertos conceptos *contrastados*³. El trato con su buen amigo Karl Neundörfer –muy sensible para las cuestiones del espíritu– le ayudó a ver con claridad que “la mayor posibilidad de verdad está precisamente donde se halla la mayor posibilidad de amor”. Tal convicción lo llevó a adentrarse con espíritu de sencillez espiritual en el ámbito de la Iglesia, en el que se halla “el camino para obtener el amor”⁴.

Esta experiencia espiritual se incrementó de tal modo en el trato con los esposos Wilhelm y Josephine Schleussner –dos verdaderos testigos de la fe que conocían y practicaban la vida mística– que Guardini se sintió llamado al sacerdocio. Pero, tras una infancia y una adolescencia de vida retraída, sentía angustia ante la idea de asumir las exigencias del estado sacerdotal. Un buen día, después de rezar el rosario se sintió liberado de tal opresión e ingresó en el seminario de Maguncia (1908). Pronto intuyó que su misión consistía en “configurar un nuevo método evangelizador”.

1. Cuatro claves para vivir la génesis de la obra de Guardini

Ya tenemos cuatro focos de luz para adentrarnos en el punto de partida de Guardini y su orientación como profesor y publicista.

1. Su talante “melancólico” lo inclina hacia la experiencia mística.
2. Centra su pensamiento en el análisis de lo viviente-concreto, porque intuye que es ahí donde surge la creatividad.

² Las frases sueltas que aparecen entre comillas son del mismo Guardini.

³ Tal energía resalta de modo especial en la obra *Vom Sinn der Kirche*, M. Grünewald, Maguncia 1922, 1955, (4ª ed.) p. 43. Versión española: *Sentido de la Iglesia*, Dinor, San Sebastián 1958. El interés de Guardini por superar las paradojas y antinomias y sacar partido de la energía que en ellas late resalta en la obra de juventud *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto*, BAC, Madrid 1996. Versión original: *Der Gegensatz. Versuch einer Philosophie des Lebendig Konkreten*, M. Grünewald, Maguncia 1925, 1985 (3ª ed.).

⁴ Cf. *Apuntes para una autobiografía*, Encuentro, Madrid 1992, p. 99. Ver: *Berichte über mein Leben*, Patmos, Düsseldorf 1985.

3. Merced a su ímpetu creativo, intuye la fecundidad que encierran ciertas contraposiciones, y las supera.
4. Todo ello lo dispone para transmitir la fe cristiana de modo sugestivo y entusiasmante.

La inclinación hacia la vida mística explica, en buena medida, las otras características. La superación de las paradojas tiene lugar al movilizar la capacidad creativa. Esto sucede en lo que suelo llamar *nivel 2*, el del encuentro con personas y con obras culturales. En el *nivel 1* –el del manejo interesado de objetos–, la libertad y las normas se oponen. En el *nivel 2*, se contrastan y complementan, pues se enriquecen mutuamente. El buen intérprete obedece a la partitura, a la obra y al autor de la obra. Y, cuanto más fiel les es, más libre se siente, pero con un tipo superior de libertad: la *libertad creativa* o *libertad interior*. Ya hemos superado el malentendido de que la libertad y las normas se oponen *siempre*. En el *nivel 1*, lo que se da se pierde. En los niveles superiores (el 2, el 3 –el de los valores– y el 4 –el religioso–), lo que damos con amor y libertad creativa nos otorga el ciento por uno, pues nos ayuda a crear relaciones de encuentro –*nivel 2*–, asumir valores –*nivel 3*–, cumplir el mandato del Señor de amarnos unos a otros y crear unidad –*nivel 4*–⁵. Guardini no realizó una teoría sistemática de los niveles y sus modos propios de lógica. Pero tuvo intuición suficiente para captar su existencia y la lógica característica de cada uno de ellos. De ahí la jugosidad de los temas que trata y la precisión de sus descripciones.

Veamos seguidamente la veta mística que alienta en el espíritu de Guardini y algunas de las consecuencias de la misma.

La melancolía y la tendencia a la elevación mística

En su obra *Apuntes para una autobiografía* confiesa Guardini su inclinación a la *melancolía*, sentimiento bifronte, tensionado por la inclinación al desánimo y el tirón hacia lo alto. “Sin un temperamento melancólico no creo que sean posibles la capacidad creativa y la relación profunda con la vida. La melancolía no se puede eliminar, sino que hay que insertarla en la vida; esto significa que hay que aceptarla interiormente como un don de Dios y convertirla en un bien para los demás”⁶.

⁵ Una amplia exposición de los niveles de realidad y de conducta así como sus modos de lógica puede verse en mis obras *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2010, (2ª ed.), y *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014. En sus numerosos análisis queda patente cómo la capacidad creativa –creciente a medida que subimos de nivel– nos permite superar multitud de aparentes paradojas y oposiciones.

⁶ Cfr. cit. p. 107.

La persona melancólica se caracteriza por sufrir una tensión constante y fuerte hacia lo noble y digno, lo valioso y fecundo. No se contenta con ganancias inmediatas, por intensas y halagadoras que sean. Quiere sentir, a través de lo que ve y le acontece, la presencia de lo excelente, y, si no la experimenta, queda turbada y decepcionada. De ahí el peligro constante de caer en *depresión*. Pero este estado de depresión es derivado. Procede del fracaso en el intento de elevarse a un nivel de excelencia.

Según Guardini, el hombre melancólico tiende a amar las realidades que lo rodean, y, en virtud de ese amor, busca en ellas un alto nivel de valor y fecundidad. Si no lo encuentra, debido a su condición finita y menesterosa, se siente vacío y fracasado. Tal frustración se traduce en un sentimiento de *tedio* que lleva a la decepción. Comparado con el infinito que anhela en el fondo de su ser, todo lo mundano se le aparece como carente de razón de existir. La tensión interna se agrava en él porque sigue siendo muy sensible a la belleza, la plenitud de sentido, el valor de las realidades bien logradas, y le resulta difícil encontrar estas cualidades en su entorno. El melancólico siente esa precariedad como propia e ineludible y se ve desvalido.

Tal baja autoestima provoca en él una actitud de timidez y temor ante cualquier gesto que pueda indicar menosprecio. Su única protección la encuentra en el silencio recogido que le permite dejarse sobrecoger por lo profundo y relevante, y sentir así “la gravitación interior del alma hacia el gran centro”: el ámbito de lo sagrado⁷. La melancolía penetra demasiado hondamente en las raíces de nuestra existencia para que podamos resolverla con los recursos de la psiquiatría. Su auténtico sentido solo se esclarece en el plano de lo espiritual. “Y, a mi entender, radica en lo siguiente: la melancolía es la inquietud del hombre ante la vecindad de lo eterno. Dicha y amenaza a la paz”⁸.

La obediencia a esta voz interior lleva al espíritu melancólico a frecuentar el trato con personas que escalaron altas cotas de grandeza por orientarse en esa dirección: “*Grandeza*, verdadera *grandeza* no es posible sin esa presión que confiere a las cosas todo su peso; sin ese dolor –por así decir, constitutivo– que Dante denomina ‘*la grande tristezza*’, que no surge de una circunstancia especial, sino de la existencia misma”⁹.

⁷ Cfr. *Vom Sinn der Schwermut*, Grünewald, Maguncia 1996 (6ª ed.), pp. 41-42. Traducción española de Miguel Ángel Nesprías: *Sobre el sentido de la melancolía*, en “Revista Argentina de clínica neuropsiquiátrica”, año XII, vol. 10, n° 3, dic. 2001. Véase, asimismo, “Humanitas” n° 51 (2008), pp. 558-578.

⁸ Cfr. cit., pp. 49-50.

⁹ *Ibid.*, p. 41.

*El anhelo de infinito se traduce en ansia ilimitada de bien,
amor y belleza*

La melancolía que experimentó y analizó Guardini no se reducía a una romántica nostalgia de lo ilimitado, sino a la conciencia viva de “estar llamados por Dios; llamados a asumirlo en nuestra existencia. La melancolía es la tensión propia del nacimiento de lo eterno en el hombre”¹⁰. La tensión hacia lo eterno –visto como algo cualitativamente perfecto, no solo como algo temporalmente inacabable– la vivimos, en principio, en forma de ansia de amor, belleza y plenitud de vida. La esencia radical de la melancolía “consiste en nostalgia de amor. De amor en todos sus grados; desde la sensibilidad más elemental hasta el amor más elevado del espíritu”¹¹. Esta ansia inquieta suele verse defraudada al comprobar la caducidad de lo amado, por bello que sea.

Tan dolorosa frustración incrementa en el espíritu melancólico la nostalgia de lo infinito absoluto y perfecto, lo noble y valioso, lo supremamente bueno, que es a la vez lo propiamente real y la belleza sin límite. La meta del melancólico es ahora unirse estrechamente con el Ser Absoluto, no solo conocerlo, sino participar en su vida al modo paulino: “Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí” (*Ga* 2, 20). “El hombre melancólico ansía encontrar el absoluto, pero el absoluto visto como amor y belleza”¹². Y esta búsqueda ardorosa, incondicional, suscita en su espíritu un renovado entusiasmo y nuevas amarguras. “El anhelo de plenitud de valor, de vida y de belleza infinita, unido profundamente con el sentimiento de la caducidad, la negligencia y el fracaso, y con la irreprimible nostalgia, el dolor y la inquietud que de ahí se derivan... eso es la melancolía. Es como una amargura y una dulzura, a la vez, que va unida a todo”¹³.

El trato con los esposos Schleussner, personas de extraordinaria calidad humana y religiosa, ayudó a Guardini a convertir la melancolía en una fuente de ascenso espiritual constante. A Josephine debió Guardini el conocimiento del *Diario Espiritual* de una mística francesa, conocida bajo el seudónimo de “Lucie Christine”. Quedó tan prendado de la elevación espiritual plasmada en esta obra que dedicó diez años a la tarea de traducirla al alemán, con el título de *Geistliches Tagebuch*¹⁴. Su lectura le acompañó y consoló en momentos difíciles, y le abrió el horizonte de

¹⁰ *Ibíd.*, p. 48.

¹¹ *Ibíd.*, p. 44.

¹² *Ibíd.*, p. 46.

¹³ *Ibíd.*, p. 47.

¹⁴ Cfr. cit., 4ª edición en M. Grünewald, Maguncia, sin fecha.

plenitud humana que intentó reflejar en sus escritos y conferencias¹⁵. Cuando hablaba de la necesidad de configurar un *hombre nuevo* y una *mentalidad renovada*, pensaba en el tipo de hombre que refleja dicha obra. “Yo amo la mística; sé que en ella se esconden tesoros de extraordinaria nobleza, y no solo para unos pocos escogidos, sino para círculos muy amplios. (...) ¡Tengo un respeto sagrado hacia estos educadores del alma!”¹⁶. Esta alta estima de la vida mística explica buen número de los rasgos que caracterizan su vida y su obra.

2. Necesidad de ver al hombre desde Dios

El cambio de ideal que dará lugar a un estilo de pensar verdaderamente post-moderno solo es posible si nos decidimos a ver la figura del hombre “desde su origen y su meta, que es el Ser Supremo”. En la prodigiosa década de 1920 a 1930, en la que se gestaron obras filosóficas y teológicas de alta calidad, se adoptaron dos métodos de dirección opuesta para entender el ser del hombre y su sentido: el método “de abajo arriba” y el método “de arriba abajo”. Guardini se adhiere decididamente a este último en un opúsculo que encierra –según me confesó en cierta ocasión– el núcleo de todo su pensamiento antropológico: “Solo quien conoce a Dios conoce al hombre”, texto de una conferencia pronunciada en el 75 *Katholikentag* (día de los católicos), celebrado en Berlín en 1952. “El hombre sabe quién es en la medida en que se comprende a partir de Dios. Para ello debe saber quién es Dios, y esto solo lo sabe si acepta lo que Dios reveló acerca de Sí. Si se enfrenta a Dios, si lo concibe de forma errónea, pierde todo conocimiento acerca de su propio ser. Esta es la ley fundamental de todo conocimiento del hombre”¹⁷.

Una y otra vez vuelve Guardini sobre una idea que le era particularmente querida: Dios creó las realidades infrapersonales en cuanto les *mandó* existir, y creó al hombre en cuanto lo *llamó por su nombre* a la existencia. Al llamarlo, lo convirtió en su *tú*, y lo capacitó para dirigirse a

¹⁵ Cfr. Prólogo del traductor, cit., p. XI.

¹⁶ Este texto se halla en una carta de Guardini a Richard Knies del 29 de abril de 1919. Apud Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz en la obra *Romano Guardini* (1885-1968). *Leben und Werk*, M. Grünewald, Maguncia 1995, (4ª ed.) p. 119.

¹⁷ *Nur wer Gott kennt kennt den Menschen*, Werkbund, Würzburg 1952, p. 19. (La traducción del texto transcrito es mía). Versión española: *Quien sabe de Dios conoce al hombre*, publicada conjuntamente con *El fin de la modernidad*, PPC, Madrid 1995, pp. 160-161. Esta idea de que solo quien conoce a Dios conoce al hombre ejerció un papel directivo en los textos del Concilio Vaticano II, así como en el pensamiento filosófico y teológico de San Juan Pablo II.

Él como a un *tú*. Esa relación *yo-tú* constituye el ser profundo del hombre y es el origen de su condición locuente¹⁸.

En la línea del *Pensamiento dialógico* (Ferdinand Ebner y Martin Buber, sobre todo), Guardini estimaba que el hombre adquiere conciencia de su *yo* al ser apelado por un *tú*, sobre todo y primariamente por el *Tú* divino. El ser humano se le presentaba, al modo de Sören Kierkegaard, como “una relación que se relaciona consigo misma y con el poder que la sostiene”¹⁹. Esta forma de ver al hombre desde Dios, tan afín a la de los escritores místicos, llena de tensión la obra toda de Guardini, que sintió siempre un profundo asombro ante el hecho de que el Dios infinito se haya dignado crear al hombre y se haya, incluso, anonadado para salvarle.

A la vuelta de tantos reduccionismos que intentaron depreciar la figura del ser humano –por la nostalgia que desde 1918 sienten no pocos pensadores hacia el mundo infrapersonal, infracreador, infrarresponsable–, el pensamiento de Guardini sigue mostrándonos con nitidez que su verdad más profunda la consigue el hombre *por vía de elevación*, no de *descenso*. Sus lecciones inéditas de antropología –*Der Mensch*– están presididas por un lema tomado de Pascal: “*L’homme dépasse infiniment l’homme*”, el hombre supera infinitamente al hombre. Idea afín a la de un espíritu congenial, Gabriel Marcel: “Lo más profundo que hay en mí no procede de mí”.

3. La recuperación del estado de paraíso

Frente a la pretensión desmedida de autonomía que caracterizó a la Edad Moderna, tenemos hoy motivos sobrados para aceptar los *dones primarios*: una existencia finita, una libertad vinculada, un corazón afañoso de felicidad..., pues todo ello nos vino ofrecido por un ser infinitamente poderoso que nos creó voluntariamente por amor para hacernos el honor de llegar a sernos infinitamente íntimo.

“Mi existencia es un misterio. Así tiene que expresarse todo el que quiera penetrar en lo esencial (...). En la medida en que me acerco a Dios y participo de él, me acerco a mi propia comprensión. La sede del sentido de mi vida no está en mí, sino por encima de mí. Vivo de lo que está por encima de mí. En la medida en que me encierro en mí o –lo que viene a

¹⁸ Cfr. *Mundo y persona*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 123-124. Versión original: *Welt und Person*, Werkbund, Würzburg 1954, pp. 110-113. *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid 1997, p. 179. Versión original: *Die Existenz des Christen*, Schöning, Paderborn 1977, (2ª ed.) p. 180.

¹⁹ Cfr. *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, Guadarrama, Madrid 1969, pp. 47-49.

ser lo mismo– me encierro en el mundo, me desvío de mi trayectoria. (...) Solo estoy en armonía conmigo mismo, solo entiendo mi existencia en la medida en que me acepto a mí mismo como procedente de la libertad de Dios”²⁰.

Por eso, mi actitud básica en la vida ha de ser de *aceptación*. He de aceptarme en lo que soy, con todas sus implicaciones²¹. Fui llamado por Dios a la existencia amorosamente, y debo responder con agradecimiento. Al hacerlo, reconozco que mi *origen* es un ser infinito, todopoderoso, eterno, y, por serlo, constituye también la *meta* de mi vida. De ahí mi tendencia de ir hacia el Creador; mi nostalgia por la vida eterna –entendida como vida de calidad suprema–, y, consiguientemente, mi entusiasmo por los grandes valores, que me elevan a un nivel de excelencia, lindante con lo sobrenatural: la unidad, la bondad, la verdad, la justicia, la belleza.

La armonía gozosa que suscita tal aceptación se traduce en entusiasmo jubiloso cuando el hombre se persuade –a la luz de la revelación– de que Dios lo creó *por amor*. “El llamamiento personal por el que Dios lo pone en la existencia y lo mantiene en la misma a partir de ese momento (...); eso es amor”²². Verse llamado a la existencia por amor y destinado a crear vínculos de amor en una comunidad de creyentes, que vibran con el mismo ideal de la unidad, es sentirse inmerso en un *estado de paraíso*.

De lo antedicho se desprende que el método ideal para entender al hombre debe conjugar las dos vías antedichas: la de abajo arriba y la de arriba abajo. El espíritu integrador de Guardini nos ayuda a realizar cabalmente tan decisiva tarea. A diario observamos que nos ofrece una gran riqueza de pensamientos, ideas profundas sobre la vida, descripciones ciertas de acontecimientos espirituales, y todo ello es sumamente valioso. Pero lo es todavía más su *voluntad de integración*, de unir elementos *contrastados* en formas de unidad *tensionadas*, desbordantes de vida y de sentido.

4. El espíritu contemplativo del vía crucis y el rosario

Las meditaciones que realiza Guardini en el *Via crucis* son fruto de una vida de unión muy íntima con el Señor²³. Y las consideraciones sobre el ámbito de piedad que se crea al rezar el rosario y entrelazar la propia vida con la de María y la de Jesús, cuyos misterios se entreveran al hilo

²⁰ Cfr. *La existencia del cristiano*, cit., pp. 180-181.

²¹ Cfr. *La aceptación de sí mismo*, Cristiandad, Madrid 1983, 6ª ed. Versión original: *Die Annahme seiner Selbst*, Werkbund, Würzburg 1953, 1990, (2ª ed.).

²² Cfr. *La existencia del cristiano*, cit., p. 182.

²³ Cfr. *El vía crucis de Nuestro Señor y Salvador*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2009. Versión original: *Der Kreuzweg unseres Herrn und Heilandes*, M. Grünewald, Maguncia 1976, (27ª ed.).

de las distintas plegarias, no han podido surgir sino a la luz de una experiencia intensa de meditación²⁴. A su entender, el rezo del rosario debe su alta calidad a su espíritu contemplativo.

El rezo del rosario se diferencia de la oración litúrgica, sobre todo, por su voluntad de *permanencia* en una actitud contemplativa. La acción litúrgica es *progreidente*, no vuelve nunca sobre sus pasos. El rosario es una forma de oración que repite insistentemente diversas oraciones con voluntad de crear un clima de contemplación en torno a los misterios de la vida de Jesús y de María. Lo que se intenta, ante todo, en ese rezo es estar con el Señor en compañía de María, a semejanza de los apóstoles; alabarle y suplicarle una y otra vez, y crear así un *espacio de oración*. “El rosario tiene un carácter de permanencia. En él se siente el amparo de un mundo sereno y santo, que acoge en sí al que ora. Esto queda especialmente de manifiesto cuando lo comparamos, por ejemplo, con el vía crucis. Este tiene la forma de un camino. El orante sigue los pasos del Señor, de una a otra ‘estación’, y tiene al final el sentimiento de haber llegado a la meta. El rosario no es un camino, sino un espacio, y no tiene meta, sino hondura. Permanecer en él hace bien”²⁵.

Lo que llena de sentido el rezo del rosario es un proceso incesante de simpatía filial hacia María, y, a través de ella, hacia su hijo Jesús. Permanecer en este *ámbito de adhesión espiritual íntima* nos produce un sentimiento de plenitud gozosa, pues los seres humanos necesitamos vernos acogidos en ámbitos de vida lograda. Sobre todo cuando nos sentimos desvalidos, faltos de hogar espiritual y descentrados como personas, nos conforta sobremanera entrar en un reino donde impera el amor incondicional y la entrega. El rosario nos ofrece este espacio de reposo y acogimiento. Ello explica que, un día, el joven Guardini, tras el rezo del rosario, haya pasado de un estado de zozobra espiritual a la serena decisión de consagrarse al Señor en la vida sacerdotal.

Para rezar debidamente el rosario y darle todo su valor, hemos de reposar el ánimo y ajustarlo al ritmo de una *repetición creativa*, bien seguros de que no nos limitamos a decir lo mismo una y otra vez, sino que creamos un *ámbito de súplica*, de contemplación, de instalación oblativa de nuestro ser en el campo de la vida divina. Las palabras, al ser repetidas con este afán creativo, se convierten en vehículos de algo nuevo que las sobrevuela: el espacio de meditación, súplica y veneración que se funda a su través. Rezar de este modo requiere una *paciencia amorosa*, como

²⁴ Cfr. *El rosario de Nuestra Señora*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2008. Versión original: *Der Rosenkranz unserer lieben Frau*, cit., Werkbund, Würzburg 1964, (7ª ed.).

²⁵ Cfr. *El rosario*, cit., p. 73.

la de quien se adentra en una realidad muy bella y no cesa hasta que la conoce de cerca y la convierte en su hogar²⁶.

El valor expresivo de la repetición en el lenguaje poético

Como es sabido, la repetición es, desde los griegos, una categoría estética muy fecunda, una verdadera fuente de belleza y expresividad. Repetir un contenido es impertinente en el lenguaje *prosaico* o *signitivo*. Resulta, en cambio, sumamente elocuente en el lenguaje *poético*, creador de ámbitos expresivos. En el lenguaje *prosaico*, lo importante es el significado de lo que se dice. Cuando se nos comunica un dato objetivo, nos fijamos en su contenido y casi no reparamos en cómo se nos dice. El lenguaje *poético* no solo transmite un contenido; lo plasma en un ámbito expresivo. El cometido del lenguaje *poético* es dar cuerpo expresivo a lo narrado, crear *ámbitos de sentido* fuertemente significativos.

Un claustro monástico presenta una profusión de columnas. Representan, en sus capiteles, imágenes y escenas bíblicas, que suelen ser bellas e instructivas. Pero lo decisivo es que, además, colaboran a *crear un ámbito de sosiego y recogimiento*. Debido a esa intención creativa, el lenguaje arquitectónico de los claustros es *poético* y nos invita a la *participación*; en este caso, a recorrer el claustro al tiempo que nos sumergimos en un campo de paz y sosiego.

En el Gloria de su gran *Misa en si menor*, Juan Sebastián Bach repite 33 veces la frase evangélica “Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. No lo hace para insistir en lo mismo, sino para configurar un *ámbito de paz*, a fin de que nos adentremos en él y sintamos, por propia experiencia, de qué paz altísima se trata cuando se alude a la paz que Jesús nos da. El lenguaje musical de Bach es aquí *poético*, pues encarna aquello que dice, lo plasma en ámbitos expresivos en los que podemos introducirnos para morar en ellos.

De forma análoga, al rezar el rosario repetimos invocaciones una y otra vez para instaurar un *ámbito de piedad*, de sosegada meditación e invocación reposada. Las palabras presentan dos funciones: 1^a) Transmiten un significado preciso. Al decir: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...”, nos hacemos cargo de que estamos pidiendo la intercesión de Nuestra Señora. 2^a) Esta misma expresión puede servir para crear un *ámbito permanente de relación* con María y Jesús, ámbito en el que tienen lugar actos de súplica, invocación, alabanza, veneración...

²⁶ Cfr. *El rosario*, cit., p. 89.

Rezar el rosario no se reduce a pronunciar una serie de invocaciones, venerables por su origen y profundas por su significado. Supone crear un *espacio de piedad* y permanecer activamente en él. La forma de expresión del rosario es, por ello, poética, creadora de ámbitos expresivos; no prosaica o signitiva, dirigida a transmitir contenidos. En ese nivel poético, la repetición de oraciones sirve a un fin altísimo: crear un ámbito de santa familiaridad con María y Jesús.

Las palabras de la Sagrada Escritura son algo más que una verdad o una buena doctrina. Son un poder que opera en el oyente; un espacio en el que este puede entrar; una dirección que lo guía. (...) El rosario consta de palabras santas. (...) Estas palabras vuelven una y otra vez. Configuran el mundo en el que acontece y se desarrolla la oración. Es un mundo abierto, dinámico, saturado de energía y de sentido. (...) En cuanto palabras de la Escritura, dan cuerpo expresivo al espacio santo de la revelación, en el que el Dios vivo se hizo nuestra verdad²⁷.

Una vez descubierto el carácter poético del lenguaje del rosario, se advierte que la repetición no se opone a la lógica de la expresión humana; al contrario, le abre nuevas posibilidades. En el rosario se trata de permanecer ante Dios, servirle en su presencia, encontrarse a sí mismo y ponerse en paz interiormente, pero ello de tal forma que la palabra se convierta –por así decir– en el cauce por el que discurre la oración, y en la fuerza que la dinamiza. Aquí no aparecen palabras siempre nuevas, sino que retornan las mismas. Es más, la repetición es precisamente la forma externa de la oración, y tendrá por finalidad lograr que su discurrir interior sea cada vez más tranquilo y más denso de sentido²⁸.

5. La lúcida intuición de que, sin el amor, la justicia y la verdad, el espíritu enferma

Para describir el modo de ser del hombre, Guardini advierte que los dos polos de su existencia son “arriba” y “dentro”. Por eso su desarrollo personal se logra plenamente cuando tiende a *elevarse* y a *interiorizarse*. No es extraño que *El Señor*²⁹ (su obra preferida junto a *Hölderlin. Weltbild und Frömmigkeit*³⁰) logre su máxima cota de calidad espiritual al describir el mundo de la “interioridad” que crea el Espíritu Santo tras la ascensión de Jesús. Esta “interioridad” no alude tanto a un lugar recón-

²⁷ *Ibíd.*, pp. 57-59.

²⁸ *Ibíd.*, pp. 47-48.

²⁹ Cfr. cit., Cristiandad, Madrid 2002. Versión original: *Der Herr. Betrachtungen über die Person und das Leben Jesu Christi*, Werkbund, Würzburg 1937, 1964, (13ª ed.).

³⁰ Cfr. cit., Hegner, Leipzig 1955, (2ª ed.).

dito dentro de la persona cuanto al cultivo de una vida comunitaria de amor, belleza y plenitud. Cuando hay plenitud de vida, hay verdad. De ahí la constante y enérgica alusión de Guardini al papel fundamental que desempeñan en la vida de la persona valores como la verdad, el amor, la justicia... La fidelidad a tan altos valores no es solo una bella orla que resalta la buena salud del espíritu humano; es su condición básica de vida, pues, si se aparta del bien, del amor, de la justicia y de la verdad, el espíritu humano enferma. Impresiona advertir con qué energía y convicción destaca Guardini una y otra vez la fuerza de la verdad y del bien, y su poder configurador sobre nuestra vida.

“La vida del espíritu –y esto caracteriza su modo de ser– no depende solo de los seres, sino también y radicalmente de lo que es fuente de autenticidad: la verdad y el bien. Si se aparta de ambos, entra en peligro. [...] Si abandona la verdad, el espíritu enferma. Este abandono no tiene lugar cuando el hombre yerra, sino cuando abandona la verdad; no cuando miente, aunque sea con frecuencia, sino cuando deja de considerar la verdad como vinculante; no cuando engaña a otros, sino cuando dirige su vida a destruir la verdad. Entonces enferma del espíritu. Lo cual no se traduce necesariamente en perturbaciones psicopatológicas; un hombre así podría incluso ser muy fuerte y tener éxito. Pero estaría enfermo, y un observador penetrante en cuestiones no solo psíquicas sino también espirituales lo advertiría. Esa disfunción podría, sin embargo, afectar a la vertiente psíquica y causar perturbaciones patentes. De esta enfermedad no le podría curar ninguna simple psiquiatría, sino que debería convertirse. Y tal conversión no sería realizable con un sencillo acto de voluntad. Consistiría en un verdadero cambio de actitud y sería más difícil que cualquier tratamiento terapéutico”³¹.

Este espléndido texto nos invita a analizar a fondo cuatro cuestiones vitales:

- Qué significa abandonar la verdad.
- De qué forma es vinculante la verdad.
- En qué consiste destruir la verdad.
- Qué implica enfermar del espíritu.

³¹ Cfr. *Mundo y persona*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 106-108. Edición original alemana: *Welt und Person*, Werkbund, Würzburg 1950, pp. 96-98. La traducción de los textos transcritos es mía. Sobre los grandes valores se encuentran precisiones de gran hondura en las siguientes obras de Guardini: *El poder*, Cristiandad, Madrid 1981; versión original: *Die Macht*, M. Grünewald, Maguncia 1989, (8ª ed.); *Ética*, BAC, Madrid 1999; versión original: *Ethik*, 2 vols., Grünewald, Maguncia 1993.

Nos ayuda el mismo Guardini a contestar cuando agrega: “De tales consideraciones se desprende que parece también posible que la persona como tal corra peligro cuando nos desvinculamos de las realidades y normas que son la garantía de la persona: la justicia y el amor. La persona enferma si abandona la justicia. No cuando comete injusticia, aunque sea a menudo, sino cuando abandona la justicia. Esta significa el reconocimiento de que las cosas tienen su propio modo de ser –su esencia– y la disposición a salvaguardar esas esencias y la ordenación entre las cosas que de ellas se deriva. Como persona, el hombre, sin ser Dios, es autónomo y capaz de tomar iniciativas. La condición para que este modo de ser tenga pleno sentido es que el hombre se mueva dentro del orden que viene dado por la verdad, y en esto consiste ser justo y convertir la justicia en la tarea por excelencia de la propia vida. La persona finita solo tiene sentido si se orienta hacia la justicia; si se aparta de ella, corre peligro y se convierte en un peligro: un poder desordenado. Justamente por ello enferma como persona. Está como fuera de sí...”³².

Nótese que la justicia no se reduce a dar a cada uno lo suyo; va más allá: nos insta a buscar la verdad de cuanto existe, a asumirla y moldear nuestra vida conforme a sus dictados³³. Desde esta perspectiva, la justicia se manifiesta como “el valor básico de toda la vida moral”, “algo elemental que afecta al hombre entero”. Persona justa es la que se mueve dentro del modo de ser y actuar de las realidades que la verdad nos revela y hace valer. No olvidemos que los valores no solo existen; se *hacen valer*, piden ser realizados.

“Justicia –escribe Guardini– es esa ordenación de la existencia en que el hombre puede participar en el mundo y realizar una obra; entrar, con los demás hombres, en relación de amistad, de comunidad de trabajo, de amor y fecundidad, tal y como lo requiera el juicio de su conciencia. Y, por cierto, [...] no solo una persona u otra, no solo el poderoso y afortunado, sino todo hombre, por ser hombre”³⁴.

Para ver el nexo de los grandes valores –los trascendentales– debemos ahondar en el sentido de cada uno de ellos: unidad, verdad, bondad, justicia, belleza. De forma telegráfica podemos decir que la unidad nos pone en verdad; la bondad es consecuencia de la unidad bien vivida y

³² Cfr. *Mundo y persona*, cit., pp. 107-108; *Welt und Person*, cit., 97-98. La traducción de los textos transcritos es mía.

³³ Cfr. R. GUARDINI, *Una ética para nuestro tiempo*, Cristiandad, Madrid 1974, (2ª ed.) pp. 55, 177-191. Versión original: *Tugenden. Meditationen über Gestalten sittlichen Lebens*, Werkbund, Würzburg 1963.

³⁴ *Ibid.*

asumida; la justicia nos insta a atenernos a la verdad de cuanto existe; la belleza se define como el “esplendor de la verdad, de la realidad, de la forma”³⁵.

6. La importancia de lo incondicionalmente válido

Desde niños observamos un día y otro que, al vivir experiencias reversibles –en las que intercambiamos posibilidades con otras realidades abiertas– nos disponemos para el encuentro. Al recibir los frutos de este –energía, luz, alegría, entusiasmo, plenitud y felicidad–, descubrimos que el valor más alto de nuestra vida –es decir, la mayor fuente de nuestro desarrollo personal– es el ideal de la unidad y, con él, el de la bondad, la justicia, la belleza. Si optamos por él y elegimos siempre en función de él, aseguramos nuestra plenitud personal y nuestra felicidad. La unidad se nos manifiesta, en nuestro proceso de crecimiento, como nuestro mayor *bien*. Al asumirlo creativamente en nuestro proceso de ascenso a nuestra plenitud personal, nos vemos como personas *auténticas*, *verdaderas*. Cuando renunciamos al ejercicio de nuestra *libertad de maniobra* –libertad de actuar a nuestro gusto– y tomar como norte y canon de nuestra actividad la forma de conducta que nos lleva a lograr nuestro *bien* y nuestra *verdad*, conseguimos la forma más alta de libertad, la *libertad creativa*. Cultivando esta forma de libertad, nos capacitamos para vincular la máxima libertad y la máxima obediencia, la máxima atencencia a la lógica de los *niveles* 2 y 3 y la máxima realización de nuestra personalidad. Pensar que solo al actuar desvinculados de las realidades de nuestro entorno podemos ser verdaderamente *libres* significa someter nuestra vida personal a la ruda lógica del *nivel* 1. Con profunda razón, la primera tarea de la *mirada profunda* es hacernos ver con lucidez que este modo de lógica es incapaz de dar alcance y clarificar cuanto acontece en los *niveles* 2 y 3.

Los conceptos de unidad, bondad, justicia, belleza y verdad se clarifican al verlos y vivirlos en nuestro proceso de crecimiento personal, no cuando los contemplamos *estáticamente*, sin atender al papel que juegan en nuestro desarrollo. No podemos adentrarnos en la inmensa riqueza de estos términos si queremos ahondar en ellos a base de dirigir a ellos la atención y compararlos con otros afines. Mediante el mero “manejar conceptos” no podemos adentrarnos en lo que significan e implican. Debemos llegar a ellos a través de un proceso de desarrollo, perfectamente articulado. Entonces captamos toda su jugosidad interior, su fecundidad

³⁵ Cfr. B. FORTE, *La porta della bellezza*, Morcelliana, 2000, (3ª ed.) pp. 61, 121. Puede verse, asimismo, mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao, pp. 98-99.

sorprendente, su capacidad de inspirar actitudes constructivas, su modo *supraactual* de actuar y hacerse valer en todo momento.

Cuando ahondamos en nuestra vida personal y descubrimos las motivaciones profundas de nuestro obrar, advertimos que, por encima de cada una de nuestras decisiones y nuestras acciones, están operantes, de modo “supraactual”³⁶, ciertas realidades sutiles que les conceden su validez, su valor, su razón de ser. Pensemos en todo cuanto implican estos términos: unidad, bondad, justicia, belleza, verdad.

Lo antedicho nos permite comprender en su génesis el siguiente párrafo de Romano Guardini: “... Su filosofía –la de Platón– ha aclarado para siempre una idea; más allá de la confusión mental que provoca la sofística, ha mostrado que hay algo incondicionalmente válido –*gültig*–, que puede ser conocido; y, por tanto, existe la verdad; y todo eso válido se ensambla en la soberanía de lo que llamamos ‘el bien’, y este bien puede realizarse en la vida del hombre, según las posibilidades de cada caso. Ha mostrado que este bien se identifica con lo divino, pero su realización lleva al hombre al logro de su propia condición humana, al hacer surgir la virtud, que significa vida perfecta, libertad y belleza. Todo esto tiene validez para siempre, incluso para el día de hoy”³⁷.

Guardini puso gran empeño en anclar el pensamiento y la conducta en lo que es incondicionalmente válido –*gültig*–. Por eso, aun subrayando la importancia que tiene el ejercicio de la libertad y la iniciativa humanas, destaca la necesidad de atenernos a las verdades “objetivas”, entendido este vocablo en sentido de “reales”, “independientes del arbitrio humano”, “fecundas para la vida del hombre”. La gran tarea del filósofo auténtico es “mantener lo incondicionado en medio de los condicionamientos de la vida, y conservar lo eternamente válido en medio de lo que fluye y se transforma. (...) El filósofo es responsable de que se mantenga la recta ordenación del pensamiento y de la vida”³⁸. Debemos tener muy en cuenta que las palabras del diccionario pueden parecernos iguales en rango, pero no lo son, pues pertenecen a niveles distintos. Digo *mesa, agua, casa...* y captamos inmediatamente su significado e, incluso, los distintos sentidos que pueden adquirir en contextos diversos. Pero digo *unidad, amor, ver-*

³⁶ Cfr. *La ética o es transfiguración o no es nada*, cit., pp. 23, 27, 45, 52.

³⁷ Cfr. *Una ética para nuestro tiempo*, cit., p. 11. Versión original: *Tugenden. Meditationen über Gestalten sittlichen Lebens*, cit., 9. Véase, asimismo, *Der Tod des Sokrates. Eine Interpretation der platonischen Schriften Euthyfron, Apologie, Kriton und Phaidon*, 1943, 1987, M. Grünwald, Maguncia. Versión española: *La muerte de Sócrates*, Palabra, Madrid 2016.

³⁸ Cfr. *Las etapas de la vida*, Palabra, Madrid 1997, pp. 131-132. Versión original: *Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung*, Werkbund, Würzburg 1957, (4ª ed.) p. 59.

dad, belleza, justicia... y advertimos que se hallan en otro plano; significan mucho en nuestra vida, pero nos cuesta definir las; cuando lo intentamos, se resisten a ello, se difuminan, y nos extraña que algo tan decisivo en nuestra existencia parezca rehuir que lo captemos con toda precisión.

Urge, pues, advertir inmediatamente que tal dificultad para dejarse definir –delimitar, perfilar– no indica que su modo de ser sea débil y poco eficiente, sino todo lo contrario. A medida que ascendemos en la escala de los niveles, advertimos con mayor claridad que la firmeza y solidez de esas realidades es directamente proporcional a su poder promotor de nuestra personalidad. Poder que no equivale a fuerza de arrastre, sino a capacidad de fomentar la *libertad creativa* de quienes se dejan inspirar por esa capacidad configuradora. De ahí que, al conocer bien la lógica del *nivel 3*, nos abramos al conocimiento preciso de las palabras que designan los grandes valores.

Merced a ese poder configurador, esas realidades superiores ordenan nuestro pensamiento y nuestra vida, los estructuran y jerarquizan. Debido a esta eficiencia, se muestran como *eminentemente reales*, con un tipo de realidad distinto y, en cierto sentido, superior al de las entidades de los *niveles 1 y 2*, como pueden ser –respectivamente– una mesa y una persona. Cuando dos personas se relacionan con la debida sensibilidad ética, sienten que su trato debe estar regido por dichos valores, por ejemplo, el de la unidad, la bondad, la justicia. Entonces su actitud será *bella* y ambos sentirán que actúan con *autenticidad*, de forma adecuada al modo de ser de las personas maduras, bien logradas. Esa adecuación los hace justos, *los sitúa en la verdad*, los convierte en *verdaderas personas*.

Cuando uno se mueve en el *nivel 3*, visto como corona y fundamento del *nivel 2*, capta el tipo de *validez –Gültigkeit–* de ese tipo de valores. No es el sujeto que capta esos valores quien los impone. Eso nos llevaría a un *relativismo subjetivista*. Tampoco se siente él dominado por ellos o coaccionado y arrastrado. No se le imponen coactivamente; le *inspiran*, le otorgan una motivación superior para actuar con excelencia. El sujeto descubre que existen esos valores y que dotan la vida humana de valor, de sentido, de eficiencia configuradora de vida³⁹.

³⁹ Nos impresiona una y otra vez observar hasta qué punto llega la admiración de Guardini por el poder de la verdad. En un pasaje de su autobiografía, recuerda las memorables conferencias que dio en la cripta de la iglesia berlinesa de San Pedro Canisio, bajo el terror de los bombardeos, e indica que en esas tardes se creó un ambiente espiritual tan elevado que la verdad parecía hacerse presente ante el auditorio “como un ser concreto”. Seguidamente, confiesa que pocas veces sintió con tanta energía “la fuerza de la verdad, la grandeza, originalidad y vitalidad del mensaje cristiano-católico”. Cfr. *Apuntes para una autobiografía*, Encuentro, Madrid 1992, p. 169.

Al vivir el proceso de desarrollo, con sus doce fases, sentimos la necesidad de nutrir nuestra vida con las posibilidades que nos ofrecen diversas realidades de condición distinta. En el *nivel 1* nos sostienen los alimentos, el agua, el oxígeno... En el *nivel 2* nutren nuestra persona las relaciones de encuentro. En el *nivel 3* nos sostiene como personas la peculiar energía que irradian los valores. En todo momento, crecemos merced a la energía que nos facilita aquello que vamos buscando. Esta singular interrelación funda la sorprendente eficiencia de los llamados “círculos virtuosos”, que Guardini destaca en diversos lugares⁴⁰. De modo análogo, en el *nivel 4* ascendemos mediante la atracción que ejerce el Dios que nos sale al encuentro. Lo entrevió San Agustín al comienzo de sus *Confesiones*: “Dame, Señor, saber y entender si lo primero es invocarte o alabarte, o si conocerte es antes que alabarte. Ojalá yo te busque, Señor, invocándote, y te invoque creyéndote, pues ya nos fuiste anunciado”⁴¹.

Al analizar la lógica del *nivel 4*, advertimos que las transfiguraciones que hemos realizado en los tres primeros niveles no tienden ya a mejorar nuestro modo de ser o *ethos*; se dirigen a generar una “criatura nueva” (S Pablo), la correspondiente a los hijos de Dios. Guardini subraya que esa es la intención profunda de las bienaventuranzas, que no suponen la culminación de una ética superior; sino el origen de una “criatura nueva”. Las bienaventuranzas “no son simples principios de una ética superior;

⁴⁰ Cf. *Anfang. Eine Auslegung der ersten fünf Kapitel von Augustins Bekenntnissen*, Kösel, Múnich 1953, (3ª ed.) pp. 22-28. “Para que el oyente le preste atención (a la predicación) y distinga las palabras de la Revelación de las de la vida cotidiana tiene que estar abierto; más, tiene que buscar. Este buscar procede del ansia del corazón humana de conseguir la meta para la que fue creado. Más todavía; en el ‘Misterio de Jesús’ de Pascal, el Señor dice al que medita: ‘Consuélate, tú no me buscarías si no me hubieras encontrado’ (*Pensées*, nº 553, ed. Garnier, París 1955, p. 212). Para buscar al Dios vivo necesita el hombre haber sido tocado por su gracia; de este modo, el buscar y el llamar es ya un conocer y reconocer, aunque esto no se exprese todavía en palabras. ¿No vuelve así la sucesión de ideas a su punto de partida? ¿No se convierte la cadena en un círculo? Esto es lo que ha sucedido: Ha surgido el círculo de la existencia, en el cual un elemento lleva consigo a otro. Es ley general que un pensamiento no puede presuponer aquello que se deriva de él; siempre es el pensamiento circular un signo de error; excepto en un caso: allí donde comienza algo vivo, la existencia abre los ojos y se acepta a sí misma. Por primera vez sucede esto en el nacimiento; luego, siempre que una nueva fase de la vida brota de una anterior; o se inicia una obra; cada mañana cuando alguien despierta del sueño. Si no se observan estos acontecimientos desde fuera, en plan objetivista, sino desde dentro, en plan existencial, esto solo puede darse en forma de un círculo. (...) Sabemos que, en nuestra existencia terrena, lo nuevo espiritual es suscitado por Dios; se trata de un auténtico comienzo, no deducible de algo anterior, solamente pensable de esta forma: el que ha nacido a una vida nueva abre los ojos, se acepta a sí mismo y se echa a andar. Nos encontramos también aquí con un círculo. También aquí un acto lleva en sí a otro, y todos los actos se entreveran, porque se trata de un todo” (Cfr. *Anfang*, cit., p. 27).

⁴¹ Cfr. *Confesiones* I, 1.

universalmente válidos después de Cristo. En realidad, son llamamientos a una vida nueva”⁴². “Querer únicamente justicia ‘también lo hacen los paganos’ (Mt 5, 47). Y eso es simple ‘ética’. A ti, en cambio, te ha llamado el Dios vivo, al que no le basta la ética, pues con ello no se da a Dios lo que le corresponde y el hombre jamás llega a ser lo que debe. Dios es el Santo. El ‘Bien’ es uno de los nombres de Dios, cuya esencia nadie puede expresar. Él no quiere solo que obedezcas al ‘Bien’, sino que te adhieras a él, el Dios vivo; que te arriesgues a vivir el amor y la nueva existencia que procede del amor. De eso se trata en el Nuevo Testamento. Y solo entonces es posible la plenitud de lo ‘ético’”⁴³.

Es aleccionador que Guardini haya intuido, en su madurez, que “nuestro tiempo, a pesar de todo su escepticismo, anhela una interpretación de la vida diaria a partir de lo eterno”⁴⁴. Esa interpretación religiosa de la existencia florece en plenitud y alegría. He aquí la razón profunda –la génesis– del mensaje que envió Guardini a sus jóvenes sobre “la alegría del corazón”⁴⁵.

Conclusión

Es sabido que, al ascender a los niveles más altos de realidad, se nos agudiza la mente. El amor de Guardini a la experiencia mística lo llevó a cultivar ejemplarmente los valores estéticos, éticos y religiosos. Nada ilógico que sus obras estén inspiradas por una brillante *mirada profunda*⁴⁶.

⁴² Cfr. *El Señor*, cit., p. 122. Versión original: *Der Herr*, cit., pp. 92-93.

⁴³ Cfr. *El Señor*, cit., p. 122. *Der Herr*, cit., p. 92.

⁴⁴ Cfr. *Una ética para nuestro tiempo*, cit., p. 11. *Tugenden. Meditationen über Gestalten sittlichen Lebens*, cit., 1992, 4ª ed.

⁴⁵ Cfr. *Cartas sobre la formación de sí mismo*, cit., pp. 11-18.

⁴⁶ Una amplia descripción de este tipo de mirada puede verse en mi obra *El arte de leer creativamente*, Stella Maris, Barcelona 2014, pp. 41-77.